



PRÓLOGO DE
ÁNGEL VIÑAS

Miguel Í. Campos
**ARMAS PARA
LA REPÚBLICA**

Contrabando y corrupción,
julio de 1936 – mayo de 1937

CRÍTICA

Miguel Í. Campos

ARMAS PARA
LA REPÚBLICA

CONTRABANDO Y CORRUPCIÓN,
JULIO DE 1936 – MAYO DE 1937

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2022

Armas para la República. Contrabando y corrupción, julio de 1936 - mayo de 1937
Miguel Í. Campos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Miguel Í. Campos, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-376-6
Depósito legal: B. 17.129-2021
2022. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex



1

Petición al Gobierno de París

Tan pronto llegaron noticias a Madrid de la sublevación de la guarnición de Melilla el 17 de julio, Ignacio Hidalgo de Cisneros, mano derecha de Miguel Núñez de Prado, director general de Aeronáutica y ayudante de Santiago Casares Quiroga, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, al ir a informar a este último al día siguiente, lo encontró en el antedespacho bromeando con sus ayudantes sobre la rebelión. Ese día hubo Consejo de Ministros y solo cuando terminó, «acordándose que tenía en el bolsillo el telegrama [con información sobre el golpe], dio cuenta a los ministros, como si aquella noticia no tuviese la menor importancia». ¹ Al final del día comprendió la gravedad de su error y presentó su dimisión. Por unas horas le sucedió Diego Martínez Barrio, quien también dimitió al no convencer para que depusieran su actitud a algunos de los militares con los que tenía amistad, incluyendo al «director» Emilio Mola. ²

UNA SOLICITUD INICIAL DE AYUDA DE CURSO ACCIDENTADO

Se formó un nuevo Gobierno presidido por José Giral, catedrático de Química y farmacéutico y amigo del presidente Azaña. ³ Esa misma noche del 18 de julio, envió un telegrama urgente solicitando armas a su homólogo francés, Léon Blum, quien había llegado al poder el 4 de junio. Lo recibió su director de gabinete, André Blumel: «Nos hemos visto sorprendidos por un golpe militar peligroso. Ruego disponga ayuda con armas y aeroplanos. Fraternalmente. Giral». ⁴ Los volúmenes de armamento y munición solicitados fueron pequeños: veinte bombarderos *Potez 54* con sus pilotos, mil fusiles *Lebel*, un millón de cartuchos y ocho cañones

de 75 mm con sus municiones. Blum consultó con los dos ministros más directamente implicados: Édouard Daladier, vicepresidente y ministro de Defensa, que dio una aprobación cautelosa, y Pierre Cot, ministro del Aire, que la dio sin reservas.⁵ Conviene tener claro que esta petición, como señala Viñas, «no implicaba una demanda de intervención. Se trataba de algo más elemental. Simplemente el que un país amigo permitiera el aprovisionamiento de armas y material, ya fuese procedente de sus arsenales, ya de sus industrias privadas».⁶

Tras cursar instrucciones a Daladier y a Cot para que iniciaran los preparativos e informar de ello al ministro de Exteriores, Yvon Delbos,⁷ cuya respuesta fue un tanto fría, Blum llamó el día 20 al embajador español, Juan Francisco de Cárdenas Rodríguez de Rivas.⁸ A pesar de que en un primer momento pareció estar al lado de la República, Cárdenas intentó ganar tiempo en favor de los rebeldes y sugirió no hacer nada hasta que Madrid no enviase más detalles. Para perder el máximo tiempo posible, no remitió el telegrama pidiendo dichos detalles hasta bien entrada la noche. Sin embargo, dos comandantes de aviación, Ismael Warleta de la Quintana y Juan Aboal, llegaron en avión el 22 por la mañana con la lista en cuestión, que seguía siendo bastante modesta: veinte *Potez*, con su tripulación y el material necesario; mil fusiles *Lebel* de 8 mm con un millón de cartuchos; cincuenta ametralladoras *Hotchkiss* con doce millones de cartuchos y ocho cañones *Schneider* de 75 mm, con sus accesorios y munición. Es posible que Giral no confiase en el embajador. Fue una buena idea, pues Cárdenas hizo todo lo posible para que Francia no suministrara armamento. La tarde del 23 se entrevistó con el agregado de prensa de la embajada británica, sir Charles Mendl, y mientras paseaban en coche le contó cuanto sabía.

También se solicitó al Ministerio de la Guerra a través de Cárdenas la rápida entrega de unas armas contratadas cuando Gil Robles era ministro de la Guerra.⁹ Fernando de los Ríos supo del acuerdo en París, como se reveló en la conversación que mantuvo la noche del 24 con Daladier, quien le preguntó si estaba enterado de su existencia. Respondió que sí, pues en «la intimidad de la embajada el Sr. [del] Castillo me había dicho algo a medias palabras que me puso sobre la pista». Tras ello, pidió el expediente y encontró la cláusula, sobre la que no le había hablado ninguno de los ministros franceses. Cabe preguntarse si estos la conocían o no. Según Howson, el acuerdo apareció en una reunión celebrada el 24, de la que hablaremos posteriormente, y De los Ríos señaló que podía servir de justificación legal para enviar la ayuda. Blum se mostró de acuerdo. Hemos fechado, sin embargo, un día más tarde la reunión: el 25 a

las 21:30 horas. A nuestro favor juega el testimonio del propio De los Ríos, que veremos después.

En opinión de Luis Jiménez de Asúa (Asúa en adelante) se cometió un grave error político al involucrar a la embajada en este tipo de peticiones, ya que Cárdenas se encontraba virtualmente sustituido y era normal que no cumpliera la orden «con verdadero empeño». Creyó que lo más lógico hubiera sido enviar a De los Ríos para realizar la gestión. A Asúa se le olvidó que este no tenía rango diplomático, requisito normal para abordar tal tipo de gestiones. Lo que sí tuvo claro Asúa fue la obligación del Gobierno francés de vender armas:

(...) con la cooperación de Jules Moch y del modo más legal, puesto que existía un tratado entre Francia y España que obligaba a esta a comprar las armas que precisare para su ejército, entregué yo mismo, en la oficina de compras del Ministerio del Ejército francés, un cheque de once millones [realmente fueron trece] de francos, en pago de fusiles, bombas y demás elementos bélicos que necesitábamos para nuestra defensa.¹⁰

Cárdenas no fue el único miembro del cuerpo diplomático en Francia que traicionó a la República. También destaca Cristóbal del Castillo, a la sazón ministro consejero y efímero encargado de negocios. Ante estas dificultades, desde Madrid se enviaron republicanos de pro para lograr el suministro. Primeramente, se recurrió a De los Ríos, quien veraneaba en Ginebra, en casa de su colega Pablo de Azcárate, subsecretario general de la Sociedad de Naciones (SdN en adelante). Se dirigió a toda prisa a París para hacerse cargo de la embajada hasta que llegase Álvaro de Albornoz.¹¹ Su misión consistiría en apoyar las peticiones como agente oficioso: revisar y firmar los contratos para comprar las armas y aviones ya listos y gestionar su entrega en Barcelona. Llegó el 23 de julio a primera hora. Visitó sucesivamente a Daladier, a quien reiteró la petición a Cot y a Jules Moch, secretario general del Gobierno.

Según Blumel, ese día se entrevistaron Cot, Daladier, Moch y De los Ríos. Este consiguió que los franceses aceptasen proporcionar pilotos para llevar los *Potez*. Cot transmitió al Quai d'Orsay la petición para el envío y telefoneó a Robert Coulondre, del gabinete de Delbos, para informarle de que había remitido al Quai, a modo de aviso, la petición para comprar de veinte a treinta bombarderos. Las bombas se recogerían en Clermont-Ferrand. Cot añadió que, estando de acuerdo con Blum y con Delbos, y debido a la urgencia, procedería al día siguiente a la entrega del pedido, salvo contraorden de Blum, incluso si no tenía todavía la opinión favorable del

ministerio.¹² De los Ríos telefoneó a Del Castillo y le comunicó que había recibido del Gobierno francés la aceptación para enviar inmediatamente el material solicitado. Sin embargo, descubrió que no podía firmar ningún contrato, pues carecía de rango diplomático; en cuanto a revisarlos no tenía la menor idea en materia de armamento y ninguna experiencia en el mundo de los negocios. Por ello solicitó a Del Castillo que firmase todo el papeleo y el cheque al Gobierno francés para los cuatro primeros aviones dispuestos para salir a Madrid ese mismo día.¹³ A pesar de todo, pidió a Madrid fondos con que pagar armas, aviones y voluntarios.

En su afán por tratar de paralizar o retrasar la operación, Del Castillo alegó no estar autorizado tampoco para realizar ningún compromiso de pago ni para firmar los contratos. Fue necesario esperar a que desde Madrid se enviase a De los Ríos la autorización pertinente, la cual solicitó el 23 por la noche con cierto retraso. Al día siguiente la recibió junto con el anuncio de la constitución de un depósito de seis millones de francos en la Banque de Paris et des Pays-Bas, equivalente al 50 % del importe. Finalmente, Del Castillo se negó a firmar los contratos o a formalizar los pagos y en la madrugada del 24 de julio presentó su dimisión irrevocable. Traspasó su cargo a Cruz Marín, quien continuó la actividad republicana con el apoyo de De los Ríos.¹⁴

Del Castillo filtró la petición de armas al periodista y diputado derechista Henri de Kérillis, que provocó una campaña en los medios de derechas y de extrema derecha en contra del Gobierno desde el 24. La abordaremos con mayor detalle posteriormente. El objetivo era encontrar la manera de evitar la compra de armas. Para ello contactó con el corresponsal de *ABC* en París, Mariano Daranas, quien tenía buenas relaciones con la prensa de extrema derecha y los círculos monárquicos y antirrepublicanos instalados en la capital. En la entrevista, Del Castillo manifestó que pretendía que «se mont[as]e todo el jaleo posible contra el Gobierno de Blum para que la opinión pública se le amotina». También confirmó que Aboal y Warleta habían llegado.¹⁵

Del Castillo y Kérillis acordaron mantenerse en contacto a través de José Aguirre Lombardo, corresponsal de la agencia de noticias Fabra, quien gozaba de acceso a la embajada y era menos significado ideológicamente. Las acciones de Del Castillo no terminaron aquí y el mismo 24 entregó a la prensa una nota en la que justificaba su acción.¹⁶ Esta se hizo eco de la información al día siguiente e incluso *Le Journal* envió a un periodista a entrevistarle.¹⁷ Finalmente, Del Castillo partió a Alemania, donde tuvo mucho que ver con la compra de armas para los sublevados. No se conoce ninguna declaración suya al respecto.

Tras la deserción de Del Castillo, Cruz Marín se hizo cargo de la embajada como encargado de negocios *ad interim*. Recibió la orden de Madrid de cursar inmediatamente los pedidos al Quai d'Orsay con objeto de formalizarlos el mismo 24. Sin embargo, Delbos siguió sosteniendo que un pedido de armas exigía la firma de un embajador acreditado. Fue una nueva excusa en su afán para que la República no consiguiese ni un solo cartucho. La documentación localizada no nos ha permitido saber si se había comunicado formalmente al Quai d'Orsay la designación de Cruz Marín como encargado de negocios. Como el pedido carecía de la firma de marras, hubo que esperar a la llegada de Albornoz. Ajeno a esta polémica, el teniente coronel Luis Riaño llegó a la embajada el mismo 24. Al día siguiente, el ministro de la Guerra le ordenó desde Madrid que se presentase a De los Ríos para recibir instrucciones.

En la embajada se celebró una reunión de personal el 26 para decidir qué respuesta dar al telegrama enviado por Barcia, remitido igualmente a todas las legaciones en el extranjero. En él se preguntaba a los funcionarios por su lealtad a la República. Según el testimonio de Torres-Quevedo, Cruz Marín decidió al día siguiente, sin pedir opinión a nadie, dar trámite de manera protocolaria con un telegrama en el que se aseguraba la adhesión de todo el personal, salvo de Francisco Javier Meruéndano y Luis Muñoz de Miguel, quienes dimitieron el día previo.¹⁸ Si ocurrió así, fue un grave error por parte de Cruz Marín, pues los desafectos a la República no se vieron cogidos entre la espada y la pared y siguieron ocultos, cortocircuitando la labor de los agentes gubernamentales, a la vez que informaban puntualmente a los sublevados de toda iniciativa.

El Gobierno de Madrid recurrió también a Asúa, a quien la insurrección sorprendió en un congreso en Estocolmo.¹⁹ El 20 de julio, impartió una conferencia en Praga, desde donde se trasladó a París el 27 por la mañana, con la intención de volver a Madrid esa misma noche. Al hacer escala, el Gobierno le pidió, en vista de los numerosos y buenos amigos que tenía entre los socialistas franceses, que permaneciera allí para prestar asesoramiento jurídico y financiero en las cuestiones relacionadas con la compra de armas a De los Ríos y a Albornoz. Se encontró solo con el primero, pues aún no había llegado este último y ante la gran cantidad de trabajo que se le acumulaba se vio obligado a quedarse en París, al menos hasta que se reorganizaran las tareas y se preparase el nuevo personal.²⁰ Desde su llegada, afirmó que trabajaban entre doce y catorce horas diarias, lidiando con multitud de problemas y obstáculos, y que muchas jornadas su labor era estéril.²¹ Lo primero que hizo fue visitar a Blum, quien le contó cómo el primer ministro británico, Stanley Baldwin, le había ori-

llado y hablado en tono amenazador al presidente Albert Lebrun sobre las graves consecuencias que se producirían si seguía adelante la venta de armas a España. La actitud de Londres fue clave para que la ayuda francesa no se consumase.

Albornoz llegó a París el 27, en el mismo avión en el que regresó de Madrid a París André Malraux, de quien hablaremos más adelante. Su llegada supuso dos nuevas dimisiones: Carmelo de las Morenas y Arturo Génova, agregados aeronáutico y naval respectivamente. El armamento que solicitó tras su llegada fue

(...) más claro que el inicial y sorprendentemente menos voluminoso (dos mil fusiles Lebel y dos millones de cartuchos; cincuenta ametralladoras *Hotchkiss* con sus accesorios y cuatro millones de cartuchos; cinco mil bombas de aviación de cinco kilogramos y otras tantas de diez kilogramos; ocho piezas de artillería de 75 milímetros con sus accesorios y municiones; y seis bombarderos *Potez 54* y catorce *Dewoitine*), lo cual indica que probablemente el Gobierno francés comunicó con precisión a la embajada el volumen exacto que se disponía a entregar, ya que efectivamente lo que se envió fue lo que pidió Albornoz el 4 de agosto.²²

En definitiva, desde finales de julio, un pequeño grupo de hombres de diversas profesiones (catedráticos, periodistas, políticos y militares) se congregaron en torno a la embajada. Unos estaban fuera de España antes de que comenzase la rebelión, otros llegaron por orden de Madrid al poco de iniciarse. Todos tenían el mismo objetivo: conseguir armas. Muchos iban con ilusión y entusiasmo, pero muy pocos con millones detrás que los respaldasen. Lo que unía a todos era una supina ignorancia a la hora de moverse en el mercado negro de armas. Alejandro Otero, de quien nos ocuparemos más tarde, elaboró un informe en el que calificó aquellos primeros días como «angustiosos», ya que la impotencia les embargaba:²³ todas las fábricas cerraron sus arsenales a los «rojos»; quienes disponían de armamento no vendían sin licencia y los Gobiernos negaban los permisos de exportación, por lo que España «tenía que ocultarse»; por último, y no por ello menos importante, muchos bancos se negaron a realizar las operaciones. A día de hoy se ha encontrado evidencia documental sobre la actitud de entidades francesas y de la City, sin olvidar la gran banca norteamericana. Esto explica la desazón y enfados posteriores de Negrín y su interés por utilizar la banca soviética en Occidente, mucho más rápida, fiable y opaca. Igualmente justifica y explica, al menos en parte, la decisión de trasladar las reservas de oro a Moscú, que no fue un capricho

suyo, pese a lo que a día de hoy defienden algunos autores. Tampoco se trató ni de un error mayúsculo ni de un expolio, afirmaciones tan queridas por la historiografía franquista y neofranquista y que todavía esgrimen en la actualidad Zavala y otros muchos.

A tenor de lo expuesto, resultan obvios la importancia de las traiciones, los dobles juegos y las deserciones del cuerpo diplomático en París en los primeros compases tras el golpe, pues si algo caracterizaba a la embajada era que por ella pasaba una parte sustancial de las comunicaciones e informaciones con otras representaciones en Europa con origen o destino en Madrid. Iniciado el golpe, la embajada multiplicó su importancia al instalarse en París la Comisión de Compras de Armas, aunque se ramificó por todo lo largo y ancho de la geografía europea, como veremos detenidamente más adelante.

Los republicanos no solo vieron cortocircuitada la significación de una representación diplomática que hiciera valer con firmeza sus derechos inmanentes como Estado reconocido internacionalmente para adquirir armas ante una rebelión interna. Muchos de los funcionarios hicieron cuanto pudieron para frenar cualquier intento de envío de armamento francés a España. Además, numerosas fueron las necesidades y peticiones que cayeron en poder de los sublevados, por lo que estos conocieron desde el primer momento los movimientos, las intenciones, las carencias y necesidades existentes en Madrid. Si a ello sumamos el apoyo ultrarrápido y decidido de Hitler y Mussolini a Franco, el resultado fue que los rebeldes contaron con una ventaja inicial considerable.

A favor de los insurrectos también jugaron varias decisiones erróneas republicanas. Estos fallos estratégicos comenzaron en fecha temprana. Uno de los más importantes fue el escaso control que la Armada ejerció sobre el estrecho de Gibraltar, lo que facilitó el traslado de las tropas del Ejército de África en volumen y ritmo considerables. Más adelante fue una decisión de Prieto. Este quería demostrar a los nacionalistas vascos que la República estaba con ellos y para demostrarlo separó la flota del Estrecho. También es cierto que en la misma hubo carencia de personal cualificado para llevar a cabo operaciones navales y mandar los barcos. Otro error fue no apoyar la expedición de Alberto Bayo contra Mallorca. El resultado fue el establecimiento de una base italiana en la isla que acrecentó tres actividades nocivas: 1) posibilidad de interceptar fácilmente los posteriores suministros soviéticos; 2) facilitar el bombardeo sistemático de la costa mediterránea, y 3) reducir el papel de la flota republicana a acciones puramente defensivas.

BLUM SE DESPLAZA A LONDRES Y A SU REGRESO
ESTALLA UNA BATALLA MEDIÁTICA

Mientras la embajada española empezaba a vivir en sobresalto permanente, Blum viajó a Londres el 23 acompañado por Delbos para tratar con sus homólogos británicos y belgas una renovación del Tratado de Locarno, tras la transgresión nazi del de Versalles al reocupar militarmente la Renania el 7 de marzo. Durante la reunión no se habló sobre lo que estaba ocurriendo en España, pero Anthony Eden, titular del Foreign Office, visitó a Blum en su hotel poco antes de su retorno a París. Le pidió prudencia y contención en su decisión de ayudar militarmente a la República. Antes de recibir la visita de Eden, el periodista francés Pertinax,²⁴ pseudónimo de André Géraud, entrevistó a Blum en su habitación del hotel Claridge's y le preguntó si era cierto que estaba suministrando armas. Cuando Blum le dijo que sí, Pertinax comentó:

—Debe saber que esto no cae muy bien por aquí.

—Posiblemente, pero no sé nada al respecto y en cualquier caso vamos a hacerlo —contestó Blum.²⁵

Mientras este se hallaba en Londres el escándalo mediático promovido por Del Castillo y Kérillis estalló en la prensa francesa el 24 de julio. En muchos medios afines a las derechas y a la extrema derecha, especialmente *Le Jour*, *L'Action Française*, *Le Figaro* o *L'Echo de Paris*, se defendió la necesidad de eludir toda ayuda material al Gobierno de Madrid.²⁶ La animadversión de estos medios por la República en general y por su izquierda en particular no era nueva. Previamente al estallido de la sublevación, durante el quinquenio aproximado de vida de la República en paz, se habían mostrado beligerantes con la experiencia española. En los días posteriores al golpe se convirtieron en grandes aliados de los rebeldes. Fueron decisivos para paralizar la acción del Gobierno de París, además de servir de catalizadores de la fractura que sufrió la convulsa sociedad francesa de la época. También publicaron la calumnia, tan defendida desde entonces por la historiografía franquista, de que la rebelión se había anticipado a una conspiración comunista ya en marcha. Incluso parte de la prensa cercana al Frente Popular francés se manifestó en contra de que el Gobierno apoyase a cualquiera de las dos partes en liza en España. Los socialistas defendieron la tradición pacifista del partido en tanto que los periódicos comunistas (PCF) y de la central sindical CGT apoyaron la ayuda. Mientras la prensa gala debatía sobre las consecuencias en todos

sus aspectos de enviar armas al Gobierno español, Roma y Berlín engrasaban sus respectivas maquinarias para suministrar armamento y hombres a los sublevados a toda velocidad, al tiempo que su prensa publicaba desmentidos rotundos en sentido contrario.

La exposición pública en los medios parisinos complicó las cosas en un tiempo récord y llevó al Gobierno al primer sobresalto y al comienzo de sus dificultades para ayudar a la República. Esta campaña desempeñó un papel relevante para contrarrestar los esfuerzos españoles tan pronto se dieron los primeros pasos para comprar armamento. De los Ríos señaló que

(...) la batalla que la prensa de París, tal vez con la única excepción de tres periódicos, había emprendido contra la posible entrega de armamentos a partir del momento en que, por infidelidades, le fue entregado el telegrama cifrado que en la noche del lunes [día 20] al martes envió Vd. al Gobierno, se agudizó con la llegada de los aviadores, se avivó al ser conocida mi venida, y al informar la prensa, con minuciosidad que revela traiciones extensas, de todos y cada uno de los extremos que abarcaba nuestras peticiones.²⁷

En suma, es innegable la importancia que tuvo la prensa en aquellos momentos iniciales. Sin embargo, todavía hay autores que lo menosprecian y afirman que se le ha concedido demasiada significación, así como a su repercusión en las decisiones adoptadas por el Gobierno francés. Uno de los recientes defensores de tal tesis es Monje, quien cree ingenuamente que la prensa no hizo sino traducir la división existente en la sociedad francesa.²⁸ Por otro lado, Pike subraya que el cambio de actitud de Blum se encuentra en la prensa de derechas, pero también en las reacciones del Senado y que, según unas declaraciones de Cot aparecidas treinta años después en *Le Nouvel Observateur*, el temor a una guerra con Alemania no fue determinante en la decisión de Blum.²⁹

Blum regresó de Londres el 24 por la tarde y Chautemps lo recibió a pie de pista en el aeropuerto para ponerle al corriente de la campaña desatada por Kérillis. Blum buscó una fórmula discreta para satisfacer a los republicanos. Citó urgentemente a De los Ríos en su residencia particular. En ella estuvieron presentes cuatro ministros, los más vinculados a la petición española.³⁰ La conversación adoptó un tono esencialmente político y De los Ríos hizo algunas reflexiones sobre el carácter que estaba tomando la sublevación en el sentido de que no podía ser considerada desde un punto de vista estrictamente español, ya que afectaba a Francia por diversos motivos: la frontera militar de los Pirineos, las islas Baleares

y las Canarias, el estrecho de Gibraltar... Por todo ello, Francia debía conceder la ayuda.

En el transcurso de la reunión Cot informó que el 5 de junio Lituania había rescindido un contrato de compra de catorce cazas *Dewoitine D.372* que podían venderse a España. También existían cuatro *Potez 54* y diecisiete *Potez 25*, bastante obsoletos, y cuya venta podía canalizarse a través de México. Nótese que ya se habló de este país como pantalla para las compras republicanas. Como veremos, no fue algo baladí. Durante la reunión se planteó un nuevo problema: aviadores españoles tendrían que ir a Francia a recoger los aviones. De los Ríos demostró la casi imposibilidad de esta operación, debido al reducido número existente y al propósito de la República de quedarse con los pilotos franceses. Se le dijo, «por quien podía hacerlo», que aviones y bombas estaban listos y que en la mañana del 25 podrían salir. Según fue desarrollándose la conversación, De los Ríos percibió que, por la actitud de uno de los ministros —debió de ser Delbos—, existían divergencias de opiniones en el seno del Gobierno sobre si debía ayudarse o no a la República.

Tras la reunión, De los Ríos se marchó a descansar, pero a la hora le llamó con urgencia Cot, quien quería verle. Fue a buscarle a la embajada, y al no encontrarlo en ella, amigos comunes le dijeron que, para no levantar sospechas, era mejor que De los Ríos fuera a su casa. Cot le informó de que había sido imposible convencer a Delbos para que concediese el permiso a fin de que los aviadores franceses llevaran los aviones a España, por lo que se optó por trasladarlos a Perpiñán. Ante la velocidad que iban tomando los acontecimientos, el presidente Lebrun telefoneó a Blum para mostrar su preocupación por las noticias que recibía y expresar su desacuerdo con la decisión de ayudar a los republicanos. En la misma línea se pronunciaron Jules Jeanneney, presidente del Senado, y Édouard Herriot, presidente de la Asamblea Nacional.

LA PRIMERA PUÑALADA:

EL CONSEJO DE MINISTROS DE 25 DE JULIO

Blum se entrevistó en su domicilio particular con Asúa el 25 por la mañana, al parecer a petición de Auriol. Asúa afirma que Blum, en pijama y con los ojos llenos de lágrimas, le dijo que Baldwin se había dirigido al presidente Lebrun para informarle de la manera más formal posible de que si la venta de armas a España provocaba una guerra con Alemania y/o Italia, Gran Bretaña permanecería neutral.³¹ Paralelamente, aquella

misma mañana, De los Ríos estuvo en el Ministerio del Aire, en donde extrajo la impresión de que todo marchaba bien. Sin embargo, al llegar a la empresa Potez, percibió que las dificultades estaban transformándose en invencibles: la campaña de prensa había favorecido un ambiente tan enrarecido en el Ejecutivo que cuando Blum despachó esa misma mañana con Lebrun lo encontró lleno de inquietud «y en tal estado de espíritu, que le dijo: “Lo que pide usted de entregar armas a España puede ser la guerra europea o la revolución en Francia” y convocó para las cuatro de la tarde un Consejo extraordinario de Ministros».³²

Antes de la celebración del Consejo, De los Ríos se entrevistó con Blum y un ministro «en casa de un tercero». Blum le indicó que se sentía acorralado por la presión que sobre él ejercían desde el Ministerio de Negocios Extranjeros, con Delbos a la cabeza, el Estado Mayor y la prensa para que abandonase a la República. Además, su Gobierno corría el riesgo de romperse y Gran Bretaña, aliado indispensable, amenazaba con inhibirse en caso de conflicto. Finalmente, se derrumbó y señaló que su «alma está destrozada» pero mantendría su «posición cueste lo que cueste y a cualquier riesgo (...) hay que ayudar a la España amiga. ¿Cómo? Ya veremos».³³

Durante el desarrollo del Consejo se observó que la actitud de Lebrun la compartían varios ministros más, lo cual demostraba una clara división en el Gobierno. Los promotores de la política de no intervenir fueron, desde el principio, Blum y Chautemps. Contra esta postura se posicionaron Violette, Auriol y Daladier. Incluso Herriot pidió a Blum que reconsiderase su actitud, pues entendía que «nunca se ha hecho nada semejante y que tal acto puede justificar a los ojos de Alemania y de Italia el reconocimiento *de facto* de un poder aparentemente establecido en una ciudad española, lo que permitiría el envío de armas y municiones en cantidades superiores a aquellas en que podría hacerlo Francia».

No era la primera vez que las autoridades francesas temían las reacciones de las potencias totalitarias, especialmente de Alemania. Sin ir más lejos, no movieron ni un dedo cuando, el 7 de marzo de 1936, Hitler ocupó y remilitarizó Renania con 30.000 soldados, muchos de ellos montados en bicicleta. Algunos historiadores franceses consideran esta humillación como un «Sedán sin sangre». Finalmente, el Consejo de Ministros prohibió la exportación de armamento a España, es decir, Francia no daría seguimiento oficial a las peticiones españolas, pero sí autorizó a la industria privada para que entregara y enviase el material que se comprara. Así tomó forma lo que se ha denominado «*le revirement du 25 juillet 1936*».³⁴ Paralelamente, se propuso un acuerdo entre las potencias para

no intervenir en el conflicto español en auxilio de ningún contendiente. Asúa afirmó que tras este primer Consejo ya se habló de que lo mejor sería proponer la no intervención. No la consideró como una propuesta en firme, sino como un globo sonda.

En definitiva, se prohibió la exportación de armas, pero se dejó abierta la puerta a la ayuda privada con el beneplácito del Gobierno. Conviene traer a colación que, justo el día en que Francia empezó a deslizarse hacia la no intervención, Hitler daba luz verde al envío de los primeros aviones a Franco y en Roma se forzaban los preparativos para cumplir los «contratos romanos» suscritos por Sainz Rodríguez el 1.º de julio. Comenzaba a forjarse una situación asimétrica, en la cual un Gobierno reconocido internacionalmente no podía adquirir armas para sofocar una rebelión, mientras que los que se habían sublevado comenzaban a recibir material de guerra con el que ganar la partida.

Por otro lado, hacia la misma hora que se reunió el Consejo, un *Douglas DC-2* de las Líneas Aéreas Postales Españolas (LAPE) aterrizó en Le Bourget con el primer cargamento de oro, equivalente a 144.000 libras, para costear el armamento solicitado. Desde entonces la embajada se transformó, como veremos, en un verdadero mercadillo donde iban y venían, sin importar la hora del día o de la noche, individuos de las más diversas nacionalidades que ofrecían todo tipo de armamento a los precios más diversos.

Ese mismo día Madrid también pidió ayuda a la URSS a través de su embajador en París. «El telegrama no era muy específico ni precisaba las necesidades. Simplemente indicaba que la República se veía obligada a aprovisionar a sus fuerzas armadas con armamento moderno.»³⁵ *Conviene tener claro el contexto de la petición: lo primero que hay que señalar es que se produjo una semana después del golpe de Estado, cuando se comprobó de manera agria que la ayuda francesa no iba a ser tan fácil de lograr como se esperaba inicialmente; lo segundo es que se realizó a través del embajador en París porque no existían embajadas entre ambos países y, en tercer lugar, atendiendo al texto, fue una petición vaga, realizada en los momentos en que la República empezaba a diversificar por varios países la compra de armamento.* Había que probar suerte en cualquier parte, incluidas la URSS y la Alemania nazi.

Esta petición no quedó aislada. Madrid insistió en sus gestiones a través de De los Ríos, quien apremió al embajador soviético para que Moscú suministrase con toda urgencia armamento de la manera que estimasen más oportuna, incluso desde Francia. Se mostró dispuesto a ir a Moscú para firmar los acuerdos necesarios —pero nunca se refirió a este tema

públicamente—. Por tanto, desde fecha muy temprana, bien de manera autónoma o como reacción a una medida que en Madrid debió de considerarse prometedora, el Gobierno acudió a los soviéticos en demanda de material de guerra. Por su parte, el citado André Malraux, célebre escritor antifascista, aterrizó en Madrid el mismo 25 de julio con la misión de ver cuáles eran las necesidades más urgentes del Gobierno español. En la capital las personas con que se encontró le dijeron casi unánimemente: «¡Aviones y pilotos que sepan tripularlos!».³⁶ Un día antes, Pierre Cot, en vista de las informaciones confusas que llegaban desde la España republicana, decidió que fuese a Madrid para evaluar la situación *in situ*.³⁷

Los franceses informaron a De los Ríos que, a pesar de la resolución adoptada por el Consejo de Ministros de no realizar ninguna entrega de gobierno a gobierno, sí se autorizó a vender a las empresas privadas, por lo que dos o tres días más tarde, con casi total seguridad, podrían enviarse los aviones que ya estaban dispuestos. Sin embargo, durante esa noche, Delbos agravó más la situación al negarse de plano a conceder permiso para que pilotos franceses llevaran aviones a España. Precisamente, desde ese día Delbos dijo en tono tranquilizador a todo el que quería oírle que el envío de armas habría constituido una injerencia en los asuntos internos de un país extranjero y, por tanto, una violación de la ley internacional. Delbos no tuvo ni una visión muy clara de lo que estaba ocurriendo en España ni grandes nociones del derecho internacional de la época, pues lo que ocurría era que a un Gobierno legítimo y reconocido internacionalmente le había sorprendido un golpe de Estado y que los sublevados contaron rápidamente con el apoyo de dos potencias extranjeras. Esto suponía la vulneración de los artículos 10.º, 16.º y 17.º de la SdN.³⁸

La reunión más importante y decisiva tuvo lugar el 26, pero a De los Ríos le aseguraron que los aviones saldrían el 27 o 28 y que se construirían y entregarían los *Potez 54*. En lo referente al armamento, se entenderían con la empresa Hotchkiss. De los Ríos informó a Giral de que se estaban interviniendo las conversaciones. Ante la insistencia del prefecto de policía, se había instalado en un cuarto de la embajada y creía indispensable la llegada de Albornoz para tomar la dirección con plena personalidad y responsabilidad.

Paralelamente, y entre bastidores, las autoridades francesas —hay indicios que apuntan a que la idea partió de Delbos— comunicaron a De los Ríos y a Asúa que las dificultades terminarían si se encontraba un tercer país que simulara comprar para él. Rápidamente se logró el apoyo de México. Adalberto de Tejeda, embajador azteca en París, acompañado de su primer secretario de la legación, se presentó ante Daladier para

hacer un pedido de armamento «muy copioso», de acuerdo a las necesidades republicanas. Sin embargo, el volumen de armamento les pareció excesivo a las autoridades parisinas, que lo utilizaron como pretexto para rechazar el pedido. Empezaron nuevamente los problemas y las dificultades, las cuales Asúa ubicó en los funcionarios subalternos. Se le olvidó señalar que el verdadero verdugo estuvo en la cúspide de Exteriores y se llamaba Yvon Delbos. Incluso la petición mexicana «se perdió» en el Ministerio de la Guerra y hubo que presentarla de nuevo.

Si es cierto que la idea de buscar un tercer país para enviar las armas partió de Delbos, dentro de su estrategia de dar todas las largas posibles en diferentes planos a una ayuda francesa que al final no iba a producirse, el calificativo de miserable sería absolutamente correcto. Veremos que, el 21 de julio, De Tejada hizo una primera petición para exportar armamento francés a México, diferente a esta, que también se rechazó. Delbos debió de sospechar que este segundo pedido era en realidad para la República, por lo que planteó la participación de un tercer país en la adquisición de las armas, dando por supuesto que los españoles acudirían a México. No se equivocó.

Cuando parecía que el país americano iba a conseguir el ansiado material, Auriol telefoneó a Asúa el 3 de agosto a las 20:45 horas para rogarle que en quince minutos le esperase en la puerta de la embajada, adonde llegaría en un taxi para hablar «de la manera más secreta sobre un problema de enorme trascendencia». Auriol le informó de que aquella misma tarde Blum quiso obligar a Delbos a que diese el último permiso que faltaba para que México obtuviese las armas, pero el titular del Quai alegó que le parecía ridículo suministrar material a un tercer país interpuesto y que casi era preferible tratar con España directamente. Otra burda excusa, además de contradictoria. Conversaron Auriol, Blum y Daladier sobre la nueva propuesta de Delbos y los tres estuvieron de acuerdo en que era mejor tratar directamente con España. Delbos se marchó de la reunión, por lo que le telefonearon y, tras meditar un cuarto de hora, aceptó el nuevo punto de vista: que la República hiciese en firme y de manera oficial la demanda de armas. Asúa trató con Auriol todos los detalles y acordaron que, a la mañana siguiente, él, junto con el embajador, irían al despacho de Daladier con la lista de material. Se dejaría en blanco la cantidad para que el titular de Guerra suministrase en un primer envío lo que ya estaba preparado, sin perjuicio de realizar nuevos pedidos.

Tal y como acordaron, fueron a ver a Daladier al día siguiente a las diez de la mañana y solicitaron 2.000 fusiles *Lebel* con dos millones de cartuchos; cincuenta ametralladoras con las municiones correspondien-

tes; ocho cañones del 75 con sus obuses respectivos; 5.000 bombas de diez kilogramos y otras 5.000 de veinte kilogramos; catorce *Dewoitine* y seis *Potez 54*. Según Asúa, era todo lo que había en el parque de artillería de Burdeos y estaba listo para embarcar. Un emisario suyo de toda confianza partió para supervisarlos. El 5 de agosto, el penalista español fue al Ministerio de la Guerra para hablar con el coronel jefe de la sección de ventas del material al extranjero y por la tarde el propio coronel recibió en la embajada de su mano y firmado por Cruz Marín un cheque de «trece millones y pico» de francos. Convinieron que la orden de entrega se daría telegráficamente. Asúa aguardó con impaciencia la noticia de su envío a lo largo del día siguiente, 6 de agosto. Sin embargo, al anoecer, el emisario les informó de que el último permiso, que debía ir firmado por Delbos, no había llegado. A la mañana siguiente, el catedrático español fue a ver a Blum a su domicilio particular, quien le recibió «en un estado de desesperación tan grande que las lágrimas se le desbordaban de sus ojos». Blum le dijo que no había dormido en toda la noche y que la situación política «era gravísima».

DOS AVIONES ACCIDENTADOS EVIDENCIAN

LA INTERVENCIÓN FASCISTA: ¿CAMBIARÁ LA SITUACIÓN?

El 31 de julio se conoció un acontecimiento que pudo decantar la actitud francesa a favor de atender la petición de ayuda republicana. Sin embargo, el miedo a las potencias fascistas, la convulsión político-social interna y, no en último lugar, las presiones británicas lo impidieron. Está documentado desde hace mucho tiempo que la intervención italiana a favor de los sublevados del Protectorado de Marruecos se conoció públicamente el 30 de julio, fecha en que dos trimotores de bombardeo aterrizaron en el Marruecos francés faltos de gasolina.³⁹ Otro acabó en el mar. Sus tripulaciones, pese a ir provistas de pasaportes civiles, eran realmente oficiales y suboficiales de la aviación italiana. Un avión militar sobrevoló el lugar de aterrizaje del segundo avión, lanzó un fardo con uniformes de la Legión española y un mensaje en italiano que invitaba a la tripulación a ponerse para parecer legionarios españoles perdidos. Este acontecimiento hizo que el Gobierno parisino recuperase la libertad de acción y permitió la venta de aviones a la República por parte de la industria privada, pero sin armamento. Al día siguiente, en un nuevo Consejo de Ministros, con el gabinete profundamente dividido, se anuló el acuerdo del 25 de julio y se prepararon aviones para enviarlos a España. Sin embargo, al final de la

tarde, la balanza se inclinó del lado que rechazaba el apoyo a Madrid. Al parecer, fue Daladier quien se opuso a quienes favorecían los suministros.

Gracias a documentación francesa, podemos arrojar algo más de luz sobre estos aviones italianos. Ante la gravedad del suceso, el Ministerio del Aire envió una misión de investigación al lugar de los hechos. El encargado fue el otrora ministro del Aire, el general Denain. Su investigación fue concluyente y *reveló que el 17 de julio, es decir, el mismo día que comenzó la sublevación militar, los aviones italianos estaban listos para ponerse a disposición de Franco*. Esta conclusión es de suma importancia porque confirma que Mussolini estaba ejecutando los contratos que se firmaron con los conspiradores monárquicos el 1.º de julio y que descubrió Viñas. Ya el 1.º de agosto, *L'Echo de Paris* publicó que los aviadores italianos habían recibido la orden de partir el 15 de julio.⁴⁰ El inicio de su ejecución fue el desplazamiento de aviones desde los aeródromos del norte de Italia a los del sur, como han puesto de manifiesto Jorge y Viñas y la investigación del general Denain confirma.⁴¹ *Cuando Cot tuvo esta prueba sobre su mesa pensó, muy acertadamente, que Mussolini había estado involucrado con los conspiradores antirrepublicanos antes del estallido de la sublevación y que, en el mismo momento de producirse, se produjo una connivencia inmediata entre el Gobierno italiano y los sublevados españoles.*

Dos días después de la aprobación de la no intervención por parte de Francia, el embajador en Roma, conde Charles de Chambrun, envió a Delbos un telegrama informándole de los resultados de la investigación italiana realizada sobre el aterrizaje de los dos aviones. El ministro de Exteriores, el conde Ciano, pese a no estar concluida, le adelantó un hecho que es totalmente falso, tal y como ha demostrado Viñas: esos aviones habrían partido a espaldas del Gobierno, los pilotos eran oficiales en la reserva y las autoridades italianas vigilarían para que un hecho semejante no volviera a repetirse.⁴² Todo mentira. Charles de Chambrun, embajador francés en Roma, recordó a Delbos una noticia que había comunicado días antes sobre ciertos rumores que señalaban la salida inminente de veinte hidroaviones concentrados en Orbetello y destinados a Franco. También preguntó por ello a Ciano, quien le respondió que era falso. Ciano, además, le señaló que ciertas informaciones provenientes de Francia y de Barcelona señalaban que dos *Potez* habrían partido de Toulouse hacia España el 7 u 8 de agosto y que otros siete *Potez 540* estaban a punto de salir de Tolosa con pilotos españoles. También le habían anunciado desde Barcelona la llegada a esta ciudad de treinta aviones bimotores de bombardeo franceses, lo que era rotundamente falso.⁴³ Esto último

demuestra que en las altas esferas italianas se conocían los rumores acerca de los primeros envíos de aviones franceses a la República y sus fechas, solo desviándose en su número total, quizá a propósito para justificar su ayuda a Franco.

Días después, Ciano informó a Chambrun de los resultados definitivos de la investigación realizada por su Gobierno. Las principales conclusiones fueron: 1) en una fecha, sin concretar, anterior al estallido de la sublevación en España la Sociedad Idrovolanti Alta Italia (SIAI) trató, a título privado, con agentes españoles un envío de aviones S.81 con plazos de entrega escalonados. Los compradores «apretaron» a la SIAI para abreviarlos en razón de los sucesos que se precipitaron, y la SIAI, tratando de adaptarse a estas peticiones, dispuso abusivamente de los aviones que la administración de la Aeronáutica le había confiado para su revisión; 2) las tripulaciones que los llevaron estaban en la reserva, pero tenían licencia, y la SIAI los contrató por su propia iniciativa;⁴⁴ 3) a algunos pilotos se les pagó el 27 de julio, y 4) la falta de petición de autorización para sobrevolar el territorio marroquí de Francia se explicaba por el hecho de que ni sobrevolar ni aterrizar en él estaban previstos. De Chambrun quedó a la espera de determinar todas las responsabilidades incurridas tanto por la SIAI como por el personal.

En definitiva, que los italianos mintieron se desprende fácilmente del hecho de que los contratos firmados el 1.º de julio no preveían exclusivamente el suministro de aviones *Savoia*, que eran los que fabricaba la SIAI. También se incluyeron aviones *Fiat* y de otras marcas. La SIAI no podía tenerlos en *stock*. Entonces, ¿iba a pedirlos a otros fabricantes, sin que lo supiesen y se enteraran las autoridades italianas? Es de todo punto imposible que una empresa de armamento hiciese lo que quisiera. Lo que ocurrió realmente fue que Mussolini camufló sus acuerdos con los conspiradores españoles a través de esta empresa por sí, como ocurrió, surgían complicaciones y había que dar explicaciones. De esta manera, él quedaría exonerado de cualquier responsabilidad, que supuestamente recaería sobre la SIAI.

A pesar de la constatación de la injerencia italiana en España, en la noche del 1.º de agosto el Gobierno francés anunció el envío de telegramas a Gran Bretaña e Italia para que tomasen parte en un acuerdo para no exportar armas ni al Gobierno legítimo ni a los sublevados. El pretexto era evitar que los disturbios españoles llevasen a Europa a otra guerra general. Otra muestra más del miedo y del cinismo que dominaban en París. Ese mismo día se celebró un nuevo Consejo en el que se alcanzaron tres compromisos: 1) llamamiento a todas las naciones para determinar

las reglas de la no intervención; 2) Francia no enviaría armas a la República, y 3) Francia se reservaba recuperar su libertad de acción si otros países las enviaban. También se decidió informar de la decisión del 25 de julio de prohibir cualquier envío de material de guerra a España, salvo en lo relativo a los aviones desprovistos de armamento, que podía enviar la industria privada.

Al parecer, fue el secretario general del Ministerio de Exteriores, Alexis Léger, quien ofreció la solución: propuso que Francia, Gran Bretaña, Italia y Portugal acordasen por escrito impedir el envío de armamento y/o de tropas a cualquiera de los contendientes. El 2 de agosto se envió un borrador a estos cuatro Gobiernos. Los británicos «saludaron» la iniciativa al tiempo que recomendaron la inclusión del mayor número posible de países y, como veremos más detenidamente, cuando se refundió el texto con el nombre de «Acuerdo internacional de no intervención en la actual crisis española», se esforzaron por ganarse el apoyo de todos los Gobiernos europeos, especialmente los de Alemania, Italia y la URSS.⁴⁵

Por su parte, Blum, aconsejado por el diputado laborista británico Noel Baker, envió el 3 de agosto al jefe de gabinete del ministro de Marina, el vicealmirante François Darlan, para que explicara a sus colegas británicos lo peligroso que sería que Mussolini consiguiese abrirse paso en las islas Baleares y que propusieran una mediación. Según Howson, Blum mandó a dos altos mandos de la Marina.⁴⁶ En opinión de Pike, esta visita fue la última tentativa para doblegar a los británicos, pero estos no se dejaron impresionar y aseguraron que Franco era un patriota irreductible y que nunca cedería un metro cuadrado de suelo español a ningún extranjero.⁴⁷ La campaña de intoxicación realizada por los conspiradores en la primavera de 1936 en los medios británicos empezaba a dar frutos. El informe que elaboró Chatfield confirma en lo esencial lo contado por Darlan en cuanto al contenido de las entrevistas. Demuestra que Londres tomó a la ligera, o hizo oídos sordos, la inquietud francesa y, sobre todo, que quiso evitar que Francia arrastrara al país a cualquier tipo de intervención. La visión del primer lord del Almirantazgo, sir Samuel Hoare, iba en la misma dirección.⁴⁸

Estaba claro que los británicos no iban a inmiscuirse en el conflicto español y mucho menos a favor de la República. Esta misma impresión la obtuvo Jules Moch tras regresar de un viaje privado a Londres el 6 de agosto. Mostró un panorama poco esperanzador: Baldwin le señaló que los ingleses odiaban el bolchevismo y el fascismo, pero que si ambos se mataban en algún país, sería un gran bien para la humanidad. Moch llegó a la conclusión, certera, de que Inglaterra dejaría sola a Francia en el hi-

potético caso de que estallase una guerra a nivel europeo a causa de los sucesos de España, por lo cual había que encontrar otra solución. Francia, sin su aliado británico, no iba a acudir sola en auxilio de la República ya que, como apunta Viñas, «la debilidad militar [francesa] se tradujo en debilidad política a lo largo del período en el que París se meció en los brazos ingleses. Disminuir esta dependencia hubiera podido pasar por el reforzamiento de los lazos con la URSS, pero los militares franceses en general eran reticentes, esencialmente por motivos ideológicos, aunque siempre revestidos de consideraciones técnicas».⁴⁹

La presión e influencia británicas sobre la política exterior francesa en el período de «entreguerras» no irrumpieron de la nada, sino que existían precedentes. Estos datan, al menos, de marzo de 1936, cuando se debatió la aplicación de sanciones a Italia por invadir Etiopía. Hay que destacar dos hechos: 1) el día 7, sir Samuel Hoare recomendó al embajador francés en Londres que su Gobierno no tomase ninguna acción que pudiese comprometer irremediabilmente el porvenir antes de consultar a Gran Bretaña, y 2) el 8, invitó en un telegrama al Gobierno francés a «guardar la sangre fría» y a «no hacer nada irreparable».⁵⁰ En suma, frenó una eventual reacción de París.

Inglaterra acentuó la presión contra cualquier ayuda a la República. El 7 de agosto, víspera del Consejo de Ministros en el que se adoptó unilateralmente la no intervención, sir George Clerk, embajador en París, tomó una iniciativa relativa a Delbos: 1) le señaló claramente las preocupaciones inglesas relativas a la cuestión española. Había que ser muy rápidos en la puesta a punto del entendimiento para la no intervención, especialmente para que los envíos de armas no se efectuasen, ya que comprometerían cualquier avance —en el caso nazi y fascista ya era tarde y bien lo sabían en Londres—; 2) temía particularmente, si la indecisión en la lucha se prolongaba, que Franco tuviese la necesidad de intercambiar las Baleares por el apoyo italiano o incluso las Canarias para mantener el apoyo alemán, y 3) el embajador de Bélgica deseaba que el acuerdo se materializara entre las cinco potencias firmantes de Locarno. Clerk compartía tal sentimiento, pero había que considerar las preocupaciones francesas. Ambos embajadores no escondieron sus simpatías por los sublevados, a los que consideraban los únicos capaces de acabar con las presuntas anarquía e influencia soviética en España.

Según su propio testimonio, Clerk terminó la entrevista expresando su deseo de que el Gobierno francés, aunque se sintiera en la imposibilidad de detener las transacciones comerciales privadas con España esperando la no intervención, hiciera todo lo posible para limitarlas y retra-

sarlas. Pidió a Delbos que perdonase su franqueza y le repitió que lo que le había dicho era por iniciativa propia y bajo su responsabilidad. Sentía que, en una situación tan crítica, debía mostrarle el peligro de cualquier acción que pudiera comprometer a Francia con uno de los bandos en conflicto y hacer más difícil la estrecha colaboración con Gran Bretaña. Finalmente, señaló ser consciente de la responsabilidad que tomaba al dirigirse a Delbos sin instrucciones, pero tenía razones para creer que los «extremistas del Gobierno» francés ejercían una presión sobre Blum que iba en aumento y estaba seguro de que lo que decía podía reforzar la posición de los moderados.

Su iniciativa fue calurosamente aprobada por el Foreign Office, y Schuckburg, uno de los funcionarios de Eden, señaló que «sería conveniente (con el fin de reforzar todavía más la posición de Blum contra sus apoyos del ala izquierdista) dar a sir G. Clerk autoridad para declarar que el Gobierno de S. M. aprueba totalmente el consejo que dio, y para añadir que nosotros recomendamos enérgicamente la misma prudencia a Lisboa». Existe otro testimonio que apunta en la línea de que Clerk actuó en un primer momento por iniciativa propia. Es del ministro consejero británico en París, Thomas, quien también envió información al Foreign Office sobre la reunión que tuvo Clerk con Delbos. En su opinión,

(...) pudo ser el factor decisivo para conseguir que el Gobierno decidiese una política de no intervención en España. (...) Bargeton, con quien yo había hablado el viernes por la mañana, me había dicho que la posición de Delbos, Chautemps y otros miembros moderados del Gobierno era insegura, y que todo lo que nosotros pudiéramos hacer para ayudar a Delbos sería bien recibido. Bischoff, encargado de negocios austríaco, quien vino a ver al embajador esta mañana, (me confirmó) que, según él, como también los miembros bien informados del cuerpo diplomático, los consejos de moderación del embajador, aunque dados en su nombre, y no de una manera oficial, habían hecho inclinar la balanza. Viénot, el subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores, quien desayunó conmigo hoy, me ha dicho que él estaba presente en el Consejo y que las oportunas palabras del embajador habían sido muy valiosas.⁵¹

El propio Asúa en su informe apunta igualmente en esta dirección: cuando fue a visitar a Blum a su casa el 7 de agosto para saber por qué no se estaba embarcando en Burdeos el armamento solicitado y pagado, el primer ministro francés le dijo con absoluta reserva:

(...) que el embajador inglés había ido a ver a Delbos y le había rogado que no se entregara por Francia material alguno y se plantease oficialmente a

las potencias la no intervención, porque, de no hacerlo así, el peligro de guerra era inminente y que, en caso de conflicto internacional, Inglaterra no podría participar en la defensa de Francia.⁵²

A pesar de estos indicios y testimonios que apuntan a que la no intervención surgió en Francia por la presión e influencia del embajador británico, algunos autores todavía se muestran radicalmente en contra de esta tesis.⁵³

NO INTERVENCIÓN: UNA *COMMEDIA DELL'ARTE* DE LA DIPLOMACIA FRANCO-BRITÁNICA

El Ejecutivo se reunió nuevamente el 7 de agosto. En él pudo advertirse la aguda división que lo azotaba, más acentuada si cabe desde la vez anterior: Delbos, Chautemps, Bastide y Daladier (miembros del Partido Radical) se opusieron; otros apoyaron: Cot, Violette, Zay, Gasnier-Duparc (también radicales) junto con Auriol, Salengro, Moutet y Monnet (miembros del Partido Socialista, SFIO). Ante tal situación y viendo cada vez más difícil cumplir su palabra de ayudar a la República, Blum anunció a Asúa que no tenía más salida que dimitir, después de haber recibido el cheque y dado el compromiso de su Gobierno. El catedrático español fue a ver a Auriol, quien estaba, en su opinión, en una situación más desesperada que Blum y también creía que dimitir era el único camino digno, pues tras la injerencia británica era imposible suministrar el armamento, y no hacerlo cuando ya se había recibido el cheque dejaba desairado al Gobierno francés.

Asúa volvió a la embajada, donde se reunió con Albornoz y De los Ríos. Los tres creían que la dimisión del gabinete francés sería desastrosa y acordaron proponer a Blum el retiro voluntario del cheque para evitarla.⁵⁴ No encontraron a Blum y Asúa habló con Auriol, a quien comunicó la decisión. A pesar de esto, en el consejo previo a la reunión formal se produjeron incidentes hasta tal punto que Auriol dijo palabras durísimas a Delbos y a las 21:00 horas el gabinete estaba dimitido. Blum propuso entonces que se hiciera una invitación de no intervención al resto de potencias. Así acordaron ir al decisivo Consejo de Ministros del día siguiente tras superar las resistencias de Auriol. Finalmente, en la reunión del 8 de agosto se tomó la decisión de declarar «la no intervención en la cuestión española», con el voto a favor de cinco ministros socialistas y cuatro radicales, con Cot a la cabeza, y seis socialistas en contra, con

Blum a la cabeza, y cuatro radicales. Se prohibió incluso la venta de aviones civiles, aunque los suministrase la industria privada. Las presiones de Clerk dieron sus frutos.

La no intervención, por tanto, hay que entenderla como el producto de un conjunto de condiciones debidas al contexto exterior e interior de la Francia frentepopulista. Blumel señaló que «fue esencialmente una tentativa para impedir a los otros hacer lo que nosotros [los franceses] éramos incapaces de cumplir». El problema es que esos «otros» sí intervinieron, provocando, junto con otros factores, que la guerra fuese larga y la no intervención fracasase en su objetivo fundamental: prohibir los apoyos exteriores a los dos contendientes.

Ante este acuerdo, Albornoz presentó una protesta y De los Ríos y Asúa dijeron a Blum que jurídicamente era un disparate, ya que no se enfrentaban dos beligerantes, sino un Gobierno reconocido internacionalmente y unos militares rebeldes. Sin embargo, los dos enviados verían con menos disgusto la propuesta si se hacía eficaz mediante un control inmediato que no permitiese ni a Alemania ni a Italia el envío de armas a los rebeldes. También quisieron forzar a Francia a que entregase armamento hasta que se pactara el control. Encontraron gran resistencia en Blum, quien alegó que, si Francia era el promotor, tenía que empezar por cumplir. Este fue un planteamiento estúpido de Blum, pues ya se conocía con evidencias incuestionables la intervención de, al menos, Mussolini a favor de Franco. París también podría haber enviado armamento a la República hasta obtener el compromiso en firme de Italia y Alemania de detener sus suministros.

Albornoz manifestó, entre otras cosas, por carta a Delbos el 10 de agosto, el lamento de su Gobierno de no poder unirse a la interpretación del principio de no intervención, ya que lo que ocurría en España era una cuestión estrictamente interna, por lo que el Gobierno, con sus propios medios, debería restablecer la normalidad. Esta fue una argumentación muy débil. La no intervención se entendió en Madrid como el mantenimiento estricto y escrupuloso del régimen normal de las relaciones de todo orden con el Gobierno español y que cualquier cambio en esa premisa supondría una verdadera intervención. Albornoz envió otra carta a Delbos el 15 de agosto. En ella reiteró la angustia y preocupación por el paso del tiempo, ya que había transcurrido una semana y algunos Gobiernos aplicaban el embargo, entre ellos el francés, mientras otros —léase Italia y Alemania—, que deberían formar parte, aún mantenían completa libertad de acción.

En nuestra opinión, fue un error de la estrategia exterior republicana aceptar la no intervención, como señalaron los diplomáticos mexicanos

cuando quisieron hacer valer y defender los derechos republicanos en la SdN.⁵⁵ Si la propia República claudicó a la hora de defender a ultranza sus derechos en la arena internacional, ¿qué podían hacer los diplomáticos de otro país? Desde su origen, la no intervención nació viciada, pues si bien Italia y Alemania firmaron su adhesión, siguieron suministrando armamento. Lo mismo hizo la URSS, con dos meses de retraso en comparación con la ayuda nazi-fascista.

Otero se mostró muy crítico con la actitud y política galas y sentenció que «poco más [de los primeros aviones] hemos recogido que lágrimas de viejos impotentes y discursos románticos acobardados».⁵⁶ Razón no le faltaba. A la hora de hacer balance, no se obtuvieron sino los aviones de las primeras semanas, cuya compra se detalla en el capítulo siguiente. En opinión de Miralles, Francia pudo haber ayudado de forma eficaz por motivos de orden político (ambos países tenían un Gobierno de Frente Popular) y geoestratégico (Francia necesitaba «limpias» de enemigos las vías de comunicación con sus posesiones en el norte de África), pero en la práctica París no desarrolló una política favorable a los intereses republicanos por razones de índole interna (gran debilidad de los Gobiernos del período, gran polaridad en la opinión pública) y de carácter externo (soledad creciente de Francia en la escena internacional). En la retracción desempeñó un papel bastante importante la maquinaria administrativa, en especial la del Quai d'Orsay, con funcionarios de tendencia conservadora, aunque el elemento decisivo fue la dependencia que sufría Francia con respecto a Gran Bretaña en la escena internacional.⁵⁷ Compartimos este planteamiento, pero a nuestro entender olvida la influencia decisiva y perversa de Delbos en el Quai d'Orsay para los intereses republicanos.

Desde que Francia suscitó la idea de una no intervención hasta que el 9 de septiembre se reunió en Londres por primera vez el Comité de No Intervención, la diplomacia francesa desplegó toda su maquinaria en las principales cancillerías europeas con el fin de conseguir del Gobierno correspondiente su adhesión lo más rápidamente posible. Los británicos nunca quisieron quedarse solos al lado de Francia. Tampoco se adherirían si no tenían la certeza de la participación simultánea italiana, alemana, portuguesa, soviética y polaca. Londres ordenó rápidamente a sus representantes en Roma y Lisboa que apoyasen las iniciativas francesas y, finalmente, la posición francesa se convirtió en una propuesta franco-británica.

Los principios directores de la política exterior británica desde el comienzo del verano de 1936 se basaban en dos pilares: 1) evitar una política de resistencia a Alemania por dos motivos: a) falta de preparación mi-

litar ante un eventual nuevo conflicto y b) oposición a este de la opinión pública, y 2) abandono de toda veleidad de resistencia allí donde los intereses británicos no estuviesen directamente amenazados y donde Alemania estuviese decidida a llegar hasta el conflicto, como era el caso de la Europa Oriental. Hay estrategias erróneas y esta fue una de ellas, como se demostró desde el 1.º de septiembre de 1939. Entonces la maquinaria bélica nazi estaba suficientemente engrasada. No lo estaba en julio de 1936, cuando era más que verosímil que Hitler hubiese dado un paso atrás si Gran Bretaña y Francia hubieran permitido a la República adquirir armamento en gran escala.

Antes de producirse la sublevación, el Gobierno de Baldwin manifestó a la República una hostilidad proporcional al lugar que ocupaba España dentro de los intereses económicos británicos en general y en la estrategia mediterránea del Foreign Office en particular. Los informes que enviaron el embajador y los cónsules desde España no hicieron sino acentuar esta tendencia. Fueron particularmente hostiles con el Gobierno de 1936 y, sin duda, no vacilaron en ennegrecer la situación interna para ejercer presión sobre el Foreign Office. Una vez estallado el conflicto, los objetivos estribaron en mantener la integridad territorial española y de sus posesiones y relacionarse con todo Gobierno que surgiera siempre que asegurase una «neutralidad benévola» en el supuesto de que Gran Bretaña se viera involucrada en un nuevo conflicto europeo.

En realidad, la neutralidad londinense consistió en situar en el mismo plano al Gobierno y a los sublevados. Esto se tradujo en una negativa a toda ayuda directa a la República y en la aceptación de entregar los suministros privados a ambas facciones al comienzo de las hostilidades, cuando no existían medios políticos para impedirlos. El mayor temor británico era que una excesiva intervención italiana fuese en perjuicio de sus intereses, pero en aquellos momentos se estimó que dicha intervención se calibraba cuidadosamente. Por ello se pensó que lo mejor era ganarse a Italia en favor de una no intervención a través de tres vías: 1) evitar cualquier acción que alejase más a Mussolini; 2) presionar para concluir lo más rápidamente posible el pacto de no intervención, y 3) si el acuerdo general no era posible, evitar que Francia diese motivos a Italia para intervenir en España.

William Malkin, asesor jurídico del Foreign Office, redactó un memorándum el 10 de agosto sobre un eventual reconocimiento de los insurgentes como beligerantes, lo que equivalía a adoptar una «actitud definitiva de neutralidad ante ambos bandos». Sin embargo, Roland de Margerie, primer secretario de la embajada francesa, señaló en una nota

a su cónsul en Tánger, cuya copia transmitió al Foreign Office, la inconsecuencia de esta actitud: al reconocer la beligerancia a los sublevados, se les concedía una ventaja como el derecho no ofrecía ejemplo. Además, para el Gobierno que lo hiciese supondría la obligación de tratar en pie de igualdad a los dos contendientes.⁵⁸ Uno de los principales responsables del Foreign Office para España, Hankey Pollock, indicó en una nota el 25 de septiembre su pensamiento sobre las posibilidades británicas de ejercer su influencia en España, una vez hubieran triunfado los sublevados. Estos se fijarían en el Reino Unido y Francia, como lo había hecho España tradicionalmente. La influencia de ambos se vería facilitada por dos factores: 1) si tomaban rápidamente disposiciones para demostrar los sentimientos más amistosos hacia Franco y su Gobierno y 2) si eran capaces de ser económica y financieramente útiles al Gobierno franquista. La voluntad de cuidar a Franco condujo al Foreign Office a rechazar incluso la proposición de su cónsul en Madrid de condenar los bombardeos sublevados. Al final, una vez se constató que ninguno de los contendientes parecía capaz de imponerse al otro rápidamente, Londres volvió a una estricta observación de la neutralidad e insistió en el refuerzo del control de los envíos de armas, proponiendo una mediación franco-británica. Desde entonces, el objetivo estribó en tratar de administrar la no intervención esforzándose en justificarla y en reactivarla a través de vanas iniciativas, más encaminadas a su opinión pública que a conseguir que ninguna potencia enviase armas a España.

El primer objetivo de París fue alcanzar el apoyo italiano. Una vez que estuvieran de acuerdo las potencias mediterráneas, deberían entenderse lo antes posible con el resto de países europeos. Por ello, Francia envió su propuesta de no intervención a Londres y a Roma el 1.º de agosto y, dos días más tarde, invitó a Alemania a participar. Sin embargo, las potencias fascistas dieron todas las largas que pudieron antes de ofrecer una respuesta definitiva. Ciano notificó el 6 de agosto a De Chambrun que Italia se adhería en principio, pero puso tres requisitos con el fin de ganar tiempo y poder continuar enviando ayuda a los sublevados: 1) Italia quería saber si la solidaridad moral con uno de los dos contendientes, expresada por manifestaciones públicas, campañas de prensa, suscripciones, reclutamiento de voluntarios... no constituía una evidente y peligrosa manera de intervención; 2) también deseaba información sobre si la no intervención iba a tener un carácter universal o no, y si obligaría solo a los Gobiernos y no a los particulares, y 3) quería conocer si el Gobierno que tomó la iniciativa se preocupaba también de las modalidades de control, en aras a la observación del compromiso. A partir de este momento, Italia

siguió una política de dar largas antes de adoptar una postura definitiva. Ciano alegó como excusa para no dar una respuesta a De Chambrun la ausencia de Mussolini de la capital. Plessen, encargado de negocios de Alemania en Roma, dio el 14 de agosto a su ministro, el barón Konstantin von Neurath, la razón de las vacilaciones italianas para firmar la no intervención: «Procura, sin embargo, retrasar la conclusión para poder continuar el mayor tiempo posible abasteciendo de armas al general Franco».⁵⁹ Pese al gran valor historiográfico que les otorga y las veces que cita y recurre Salas a las fuentes alemanas, en este caso afirma que Italia fue el país que inicialmente puso más empeño en tratar de que «se incluyesen en el acuerdo general lo que dicha nación llamaba ayudas indirectas: enrolamientos voluntarios y suscripciones públicas».⁶⁰

Mussolini, pese a las informaciones fehacientes de su embajada en Moscú sobre la decisión de Stalin de no enviar armas a la República, se dedicó a envenenar el ambiente con el doble objetivo de ganar tiempo para continuar sus envíos a Franco, que se había levantado en contra de una República que odiaba desde prácticamente el día que se proclamó, y justificarlos. Por ello, el 3 de agosto, Roma dijo estar en posesión de documentos que probaban que ocho días antes un barco fletado por la URSS había descargado armamento en Valencia para el Gobierno del Frente Popular.⁶¹ La falsedad de tal afirmación es rotunda, pues el primer barco enviado desde la URSS con material de guerra fue el *Campeche*, un petrolero español reacondicionado que zarpó a finales de septiembre, es decir, dos meses después de que Hitler y Mussolini suministraran a Franco.⁶²

Por su parte, Von Neurath comunicó el 4 de agosto a François-Poncet, embajador francés en Berlín, la aceptación de su Gobierno a participar en el intercambio de puntos de vista para fijar las reglas comunes. Sin embargo, estuvo plagada de objeciones y reticencias y exigió la participación de Moscú.⁶³ El objetivo era claro: ganar todo el tiempo posible hasta que los sublevados tuviesen la capacidad suficiente para derrotar a las fuerzas republicanas. Durante la entrevista mantenida, el francés preguntó por el envío de aviones y por la presencia de barcos nazis en los puertos dominados por los sublevados. Von Neurath respondió cínicamente que no sabía nada sobre los aviones. Sin embargo, su actitud indujo al embajador a pensar que no quedaba duda sobre la existencia de un acuerdo de consulta mutua y de acción diplomática concertada entre Alemania e Italia. No iba nada desencaminado: el mismo 4 de agosto la injerencia mussoliniana en España empezó a coordinarse con la de Hitler gracias a una reunión mantenida en Bolzano entre los jefes de los servicios de inteligencia de ambos países, Mario Roatta y Wilhelm Canaris respectivamente.

Francia solo recibió de Alemania hasta el 5 de agosto, tras una vaga aceptación, el silencio, lo mismo que de Italia. Se sabía que ambos países enviaban aviones, armas y hombres a los sublevados. La importancia de estos suministros, con visos de continuidad, colocó al Gobierno francés en el dilema de si se oponía o no a las peticiones reiteradas de la República, que se quejaba de ser objeto de un bloqueo. Incluso Delbos amenazó con suavizar la no intervención ya que se estaba aplicando con efectos retroactivos. Paralelamente, creció la importancia de los envíos de material bélico a los rebeldes.⁶⁴ Francia reafirmó el 6 de agosto que en su idea no estaba el limitarse simplemente a la enunciación de fórmulas vagas, sino el compromiso sin restricciones a no autorizar ningún envío de armamento destinado a los territorios españoles o al Marruecos español.

El primer proyecto de declaración de no intervención se elaboró el 7 de agosto, un día antes de que el Consejo la adoptara unilateralmente. En él, además de condenar los «trágicos sucesos de los que España era teatro», los Gobiernos firmantes se comprometían a abstenerse rigurosamente de toda injerencia directa o indirecta en territorio español. A tal efecto declararían que prohibirían la exportación directa o indirecta, la reexportación y el tránsito con destino a España, las posesiones españolas o la zona española de Marruecos de todas las armas, municiones y material de guerra, así como de todas las aeronaves montadas o desmontadas y de todos los barcos de guerra. Finalmente, se informarían entre sí de toda medida tomada por cada uno para hacerla efectiva.

Alemania utilizó como pretexto para no adherirse el que uno de sus aviones civiles había sido secuestrado por los republicanos y subordinó a su devolución la aceptación de esta propuesta. Un nuevo chantaje de Hitler. Incluso el embajador francés en Berlín confirmó el 13 de agosto que los alemanes trataban de ganar tiempo. Ese día aún existían divergencias de opiniones entre el Ministerio de Exteriores y el partido nazi sobre qué postura adoptar ante la no intervención. A continuación, saltó el escándalo del vapor *Kamerum*, llegado a Cádiz con varios aviones y 3.000 toneladas de combustible. Las dos potencias fascistas decidieron sumarse cuando tuvieron la completa seguridad de que la no intervención no alteraría un ápice los suministros que enviaban a Franco y que tendrían vía libre para seguir haciéndolo. Incluso les pareció necesaria para salvar la rebelión.

Estas maniobras no pasaron desapercibidas en Francia, como muestra una carta enviada por Auriol a Blum el 12 de agosto:

(...) desde el viernes último [día 7] tengo la impresión que, con sus aplazamientos, Italia está maniobrando. Sé que continúa ayudando al general

Franco. Por los puestos de la aduana, me entero de que en contrabando llegan municiones a los insurgentes.⁶⁵

Tal información, además, pone de manifiesto que los franquistas también utilizaron la frontera francesa para abastecerse de matute de armamento ligero. No puede precisarse si las municiones las adquirían en Francia o en terceros países y si desde Francia las pasaban al territorio que controlaban. Lo que sí es cierto, en caso de ser cierta la información, es que tendrían que haber utilizado los pasos de montaña de los Pirineos, ya que Irún no cayó hasta principios de septiembre.

En cuanto a Portugal, el embajador francés en Lisboa, Leroy, telegrafió el 6 de agosto. Lo hizo tras entrevistarse con Monteiro, ministro de Exteriores luso, quien le hizo varias observaciones que su Gobierno quería ver cumplidas antes de dar el sí definitivo: 1) el mantenimiento de la neutralidad de la zona de Tánger, donde tenía importantes intereses; 2) su adhesión solo se produciría cuando la URSS lo hubiese hecho, y 3) el Gobierno portugués, por su vecindad inmediata con España, se encontraba en una posición muy especial que le hacía temer estar amenazado e incluso ser atacado en el caso de que un gobierno comunista se estableciera en España. Su deseo era responder favorablemente a la proposición franco-británica, pero lo haría solo cuando recibiese en contrapartida garantías formales que asegurasen su independencia. Finalmente, tras muchas reservas, se adhirió el 28 de agosto. Previamente, lo hizo la URSS el 23.

El lector comprenderá que Franco y Mola no tuvieron que afrontar este tipo de problemas con alemanes e italianos. En su caso las decisiones de ayuda fueron inmediatas y, en Roma, se adelantaron incluso al golpe militar. La asimetría se prolongaría a lo largo de toda la guerra.